

## ***PEDRO Y SU ROBLE***

Pedro tenía un amigo. Era un árbol. Un roble. Su roble. Le había conocido en el momento de más esplendor. Era un árbol robusto, frondoso, opaco a fuerza de hojas.

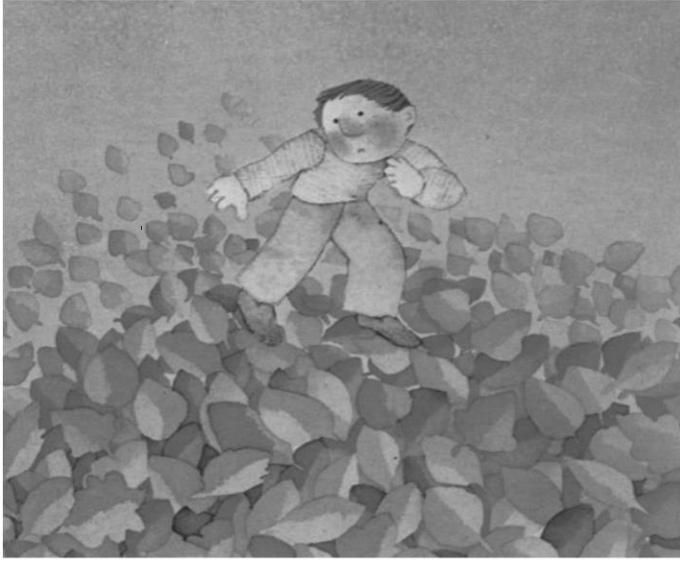
Pedro se metía en lo más profundo del árbol, en el desorden de las ramas, en su follaje denso y espeso, del mismo modo que uno se hunde en el colchón mullido de una gran cama de campo.

Saltaba de rama en rama, conocía el árbol de arriba abajo. Cogía las hojas, a manos llenas, para sentir las deslizarse por sus palmas. Se sabía de memoria hasta los más pequeños detalles de los bordes de las hojas.

Pasaron juntos la primavera y el verano entre risas y juegos. Muchas tardes, Pedro dormía la siesta cobijado bajo el frescor de su inmensa frondosidad.

Durante horas observaba las correrías de las ardillas por todo el árbol...





Día tras día, Pedro iba a ver a su roble. Una mañana, al correr hacia el lugar del bosque donde vivía su amigo, Pedro oyó una música extraña, triste, seca. Se detuvo sorprendido y dejó de oírla. Dio un paso y la música comenzó de nuevo a sonar.

Miró al suelo: una gran alfombra, de hojas amarillas y crujientes, producía aquella música bajo sus pies.

Pedro se asusta. Levanta los ojos hacia un árbol al que antes nunca había prestado atención, pues estaba entusiasmado con su amigo. El árbol le da miedo. Mira a otros árboles, a todos. Corre de uno a otro. Cada vez más deprisa. Pero los árboles no son más que esqueletos de árbol. Sus hojas están caídas en el suelo. No quedan más que las ramas desnudas. Pedro, entonces, se precipita hacia su roble.

¡Ah! Respira. Su árbol no ha cambiado. Pedro sube a él y se encuentra tranquilo y feliz entre las ramas. Le habla en voz baja y tono cariñoso. Luego detiene su escalada, acaricia las hojas y siente un ruido seco bajo su mano ligera. Algo de color marrón, aparece en distintos sitios. Pedro intenta, insistentemente, borrarlo con el dedo, la mancha permanece. La hoja cede y cae al suelo.

Pedro intranquilo trepa a todas las partes de árbol. Inspecciona el roble, desde las ramas más bajas hasta las más altas.

Su árbol, también parece enfermo. Pedro le acaricia, le pregunta, con la



voz quebrada por el miedo.

Cansado de tanto trepar, de

tantos equilibrios y

acrobacias, Pedro se queda

dormido, acurrucado en un

nudo de gruesas ramas. El

árbol enfermo le arrulla con el

viento. Sabe muy bien que

Pedro tiene miedo, pero él no

puede consolarle. Sólo le

mece. Y sus hojas caen, caen

marchitas, rojas, amarillas.

Al despertarse, Pedro decide salvar a su árbol.

El bosque, a su alrededor, parece un mar de estacas negras erguidas

sobre arena de un amarillo intenso.

Todos los días Pedro examina a su roble. Descubre las hojas más débiles

y las sujeta a las ramas con un cable fino de acero que ha encontrado en

la cochera.

Pero no da abasto, aunque no se detiene.

Humedece las hojas más secas. Caza insectos. Rodea el tronco con trozos de lana gruesa que ha encontrado en casa. (Los trapos que se utilizan para dar brillo al calzado de la familia han desaparecido misteriosamente. Las viejas ropas de lana del abuelo, que se guardaban cuidadosamente en un baúl del desván, van a servir para calentar al gran árbol aterido de frío).

Si, hace mucho frío. El sol que jugaba entre las hojas ya no aparece. Los días son muy cortos y las noches demasiado largas y heladoras.

Para llegar hasta su árbol, Pedro, desde hace días, puede cruzar por la charca verde. Se ha helado, está dura, reluciente y aguanta su ligero peso.

Durante todo el invierno, día tras día, Pedro lucha por su árbol.

Pero aunque el roble parece resistir, cada día pierde algunas hojas, que se amontonan doradas y rojas al pie del tronco arropándolo.

El niño ya no las puede recoger todas. Coge una por aquí, otra por allá, subido en el árbol, las coge al vuelo. Se resbala, se cae, vuelve a subir, se fatiga en esta lucha.

Ya no siente el frío, ni ve la nieve que hace sentir su peso sobre las hojas y las hace caer. Llora, sin dejar de trabajar.

Pierde a su amigo. Ya no sabe dónde está, no sabe lo que hace. Y cada noche, rendido se duerme apoyado en el tronco áspero, sobre los trapos endurecidos por el hielo.

Una mañana. Cuando sólo quedan algunas hojas ajadas sobre el árbol, y bajo el sol tibio (¿ha vuelto el sol?), Pedro, muy triste, mira y remira las ramas.

De pronto, descubre algo. Sobre las ramas y por todas ellas aparecen unas bolas pequeñas, suaves al tacto, que invaden la corteza. Rascando un poquito, Pedro puede ver que del interior asoman unas puntitas

verdes, de un verde tenue y frágil.

Todo el árbol está cubierto de estos brotes y parece como si cada amanecer se hincharan, cubriendo así los mismos lugares



que habían dejado las hojas caídas. ¿Será otra enfermedad? No, es algo demasiado bonito para ser una enfermedad.

Pedro va a ver los árboles de los alrededores. ¡Todos tienen esos pequeños brotes vellosos, apiñados en ciertos puntos de las ramas!



Con el día, que cada vez amanece más temprano, y con el sol que le acompaña, los árboles cambian con gran rapidez. Los brotes sedosos se hinchan, se hinchan hasta romperse y dejan paso a unas pequeñas y curiosas formas verdes, arrugadas, lanosas y tiernas, que se abren poco a poco con el rocío.

Se extienden y crecen ante el asombro del niño.

Pedro descubre pronto la forma dentada de las antiguas hojas de su árbol. Va de rama en rama, visita todo su roble. Siente mucha alegría. Y después estalla en grandes risas. Ha salvado a su amigo, ha salvado a su amigo...Las hojas están de nuevo ahí, recias y rebeldes al tacto. Pedro ríe bajo el sol, se abraza al tronco del roble acercando a él su mejilla.

Le quita al árbol la bufanda y la arroja lejos, dando saltos; está nervioso. De pronto se para: el bosque entero está vivo, frondoso, canta. Canta una canción que ya no es triste como la primera, sino dulce, tierna como el verde de las hojas.

Los abedules, las hayas, los plátanos, todos los árboles han vuelto a tomar su aspecto de árbol. Pedro avanza por el bosque y encuentra de nuevo las hojas alargadas del sauce, las ásperas de los morales.

No comprende nada. Y no intenta comprender. Está muy contento. Se siente feliz. Su cansancio está lleno de esperanza. Se acomoda en una rama baja, apoya la frente en las hojas y se duerme.

